

POR RICARDO RUIZ DE LA SERNA

REGRESO A PETRARCA



No llegó a cumplir 70 años porque se murió la víspera de su cumpleaños, pero en todo lo demás gozó de los honores que los italianos reservan a sus poetas. Si Italia sólo tiene un dios, que es la Belleza, Petrarca -con permiso de Dante- fue su sumo sacerdote. Nació en 1304 y falleció en 1374. En una vida que, para la época, fue larga, tuvo tiempo de descubrir el «*Pro Archia Poeta*», de Cicerón (106 a.C.- 43 a.C.) y la obra de Vitrubio (80/70 a.C.- 15 a.C.), inventar el montañismo y recibir los laureles de poeta nada menos que de manos del Senado de Roma. A los veintiún años recopiló en un único códice, atesorado hoy en la Biblioteca Ambrosiana (Milán), las obras de Virgilio (70 a. C.- 19 a. C.) comentadas por Servio, el gramático latino del siglo IV. Sus versos influyeron en Garcilaso de la Vega («¡*Qué buen caballero era!*»), en Góngora y en Shakespeare.

Pongámonos en pie para saludar a Francesco Petrarca.

Nacido en Arezzo e hijo de un notario florentino expulsado por los güelfos negros, el príncipe de los humanistas italianos se crio en Aviñón y pasó buena parte de su juventud en la Toscana. Estudió Derecho en Montpellier. Donde entró en contacto con la familia Colonna, y pasó por las aulas de Bolonia. No es exagerado decir que fue un patricio. Su amor por los libros fue ardiente hasta el extremo: su padre le quemó los libros en 1320 y, ante la desesperación de su hijo, luego trató de salvarlos de las llamas. Parfraseando a Francesco «Cecco» Angiolieri (1260-1310/1313), Petrarca fue fuego e incendió el mundo.

Sucedió el día en que vio por las calles de Aviñón a la bella Laura de Noves. Cupido lo traspasó por completo. «*Porque una hermosa en mí quiso vengarse/ y enmendar mil ofensas en un día/ escondido el Amor su arco traía/ como el que espera el tiempo de ensañarse*» (II). Los 317 sonetos, las 29 canciones, las nueve sextinas, las siete baladas y los cuatro madrigales de su «*Cancionero*» -publicado en Venecia en 1470 en la imprenta de Vindelino da Spira- reúnen los grandes lugares comunes de la poesía lírica desde los trovadores hasta nuestros días. Cito a partir de la popular traducción de Ángel Crespo en Alianza (1995): «*Amor me halló del todo desarmado/ y abierto al corazón encontró el paso/ de mis ojos, del llanto puerta y barco*» (III). El amor que nos hace sufrir, pero sin el que moriríamos

llega hasta nuestros días. La búsqueda de la amada como empresa loca, absurda y, por fin, fracasada: «*Y aunque la edad me impida conseguiros, / que llegue al menos a la angustia mía/ un socorro de ya tardos suspiros*» (XII).

Junto a las «*Rimas en vida de Madonna Laura*», están las «*Rimas*» escritas con ocasión de su muerte. «*Muerte, has descolorido al rostro hermoso/ y a los más bellos ojos apagado*» (CCLXXXIII). Como esos desconsolados que siguen enviando mensajes de texto a un número que ya nadie contestará, Petrarca le pide a Senuccio del Bene, poeta amigo suyo fallecido en 1349, que lleve un mensaje a la dama muerta: «*A mi señora dile que es constante/ mi tormento, y que me vuelto una fuera/ pensando en su virtud y en su semblante*» (CCLXXXVIII).

Sabemos mucho de la vida de Petrarca. El 26 de abril de 1336 ascendió al monte Ventoux con un grupo de amigos. Con sus casi dos mil metros no era poca cosa en la Edad Media. Se encaminó a la cima con un grupo de amigos sin necesidad alguna, es decir, como diría siglos más tarde Edmund Hillary a propósito del Everest, «*porque está ahí*». No deja de ser seductor que el príncipe de los poetas renacentistas fuese un hombre libre del utilitarismo de nuestro tiempo.

A los 720 años de su nacimiento y los 650 de su muerte, el deslumbrante legado de la cultura medieval y renacentista parece arrinconado junto a la enseñanza de las humanidades. Así nos va. Separados del Bien, la Verdad y la Belleza, vivimos en ciudades con catedrales góticas medio vacías y calles turistificadas en las que se ha perdido la escala humana. Sin embargo, nos quedan los libros y los versos que Petrarca escribió enamorado. Volvamos a ellos como quien regresa a casa después de un largo viaje.

Que su lectura les lea propicia.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura